EMILIO MOZO DE ROSALES

Roncar despierto

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN PROSA

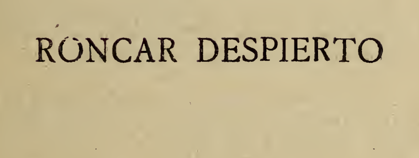
ARREGLADA DEL FRANCÉS

DÉCIMACUARTA EDICION

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1918





RONCAR DESPIERTO

RONCAR DESPIERTO

COMEDIA

en un acto y en prosa

ARREGLADA DEL FRANCÉS

POR

EMILIO MOZO DE ROSALES

99

DÉCIMACUARTA EDICIÓN

MADRID
Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.
TELÉFONO, M 551
1918

PERSONAJES

CLARA.	TORIBIO.
JUANA.	FERNANDO.

La acción pasa en Madrid.

ACTO UNICO

Un gabinete: al fondo cama con colgaduras y una ventana. A la izquierda, en primer término, una chimenea. En segundo término puerta de entrada. A la derecha habitación de Clara. En segundo término una puerta que conduce a la cocina; es de noche. Encima de la chimenea una bujía. Al levantarse el telón, Fernando vestido de capitán de infantería, entra sigilosamente con una carta en la mano.

ESCENA PRIMERA

FERNANDO

No hay nadie. (Mirando por la cerradura del cuarto de Clara.) Mi mujer borda tranquilamente en su cuarto. (Desdoblando la carta.) Pues, señor, la carta de mi amigo Medina no puede estar más terminante. (Lee.) «Querido Fernando: Creo oportuno comunicarte que »Dolores ha venido de Sevilla hace dos días »y asiste esta noche al baile de máscaras del »Teatro Real. Llevará un dominó azul con »cintas blancas. Casado ya con una mujer a »quien amas, debes arrebatar a Dolores to»das las pruebas de antiguo amor hacia »ella, pues vengativa al par que celosa, po»dría destruir tu felicidad conyugal. Tu »amigo y compañero, Pérez.» (Hablado) No cabe la menor duda que debo arrebatarla todas mis cartas; pues buen genio tiene la andalucita para fiarme de ella. Revolvería a Roma con Santiago, se enteraría todo el ba-

tallón, el coronel tomaría cartas en este negocio, y... no, no; tiene que quedar terminado todo esta noche. Pero ¿cómo voy yo al Real sin que se entere mi mujer? Verdad es que ella duerme en su cuarto y yo en el mío... Sin embargo, ¿quién confía?... Pues no hay remedio. La reñiré sin fundado motivo, se enojará, se encerrará en su habitación, y entre tanto iré al baile. No encuentro otro expediente. Manos a la obra. (Gritando y golpeando en los muebles) ¡Esto es insoportable! ¡No hay medio de vivir en esta casa!

ESCENA II

FERNANDO y CLARA

CLARA ¿Qué te sucede, Fernando?

FERN. Que esto, más que casa, parece una posada. Nada está en su sitio.

CLARA Te equivocas.

FERN. ¿Por qué no han hecho la cama, ni arreglado la chimenea, ni traído la lamparilla?

CLARA (Llamando.) ¡Juana! ¡Juana!

FERN. (Pide refuerzo.)

ESCENA III

DICHOS y JUANA

JUANA ¿Qué manda usted, señorita?

FERN. Nada. (Necesito alejarla también a todo trance.)

CLARA Traiga usted la lamparilla y arregle usted la chimenea. (Juana sale.)

FERN. A buena hora, mangas verdes. (Se sienta y escribe.)

CLARA Pero si te enojas sin fundado motivo. Todo está en orden. Míralo.

FERN. Basta que tú lo digas.

CLARA No tal, basta tener ojos. (Juana pone una lamparilla encendida sobre la mesa de noche. Fernando cierra la carta que ha escrito; a Juana.) Ahueque usted esas almohadas. Yo encenderé la lumbre.

FERN. Juana, deje usted eso.

CLARA ¿Qué manda usted, señorito?

FERN. Lleve usted esa carta (se la da.) a casa del teniente Alcaraz.
JUANA ¡Jesús! ¿Ahora?
FERN. Ahora mismo.
CLARA Está una legua de aquí.
FERN. (¡Ojalá estuviera veinte kilómetros!) Es para la madre del teniente. Si por casualidad hubiese ido a alguna tertulia, espera usted hasta que vuelva, para que le dé a usted la respuesta que necesito.
CLARA ¿No sería mejor mañana?... ¿Cómo ha de ir esta chica sola?...
FERN. Los asuntos del servicio no admiten dilación, y en esa carta se trata de un documento importante para una viudedad.
JUANA ¿De modo que tengo que ir?
FERN. Inmediatamente.
JUANA (¡Cuando yo vuelva a servir en casa de otro capitán!) Y, ¿tomará usted la horchata esta noche?
FERN. Sí.
JUANA ¿La hago de pipas de melón?
FERN. (Distraído.) No, hazla de alpiste.
JUANA } ¡De alpiste!
CLARA }
FERN. Anda, mujer, anda. (Empujando a Juana. Después se sienta de mal humor al lado de la chimenea.)

ESCENA IV

FERNANDO y CLARA

CLARA Ya está encendida la chimenea.
FERN. En cambio has revuelto todos mis papeles.
CLARA ¿Yo?
FERN. Tú, sí, para leer mis cartas. Creerías ya que ibas a descubrir alguna iutriga amorosa.
CLARA Ni siquiera me he acercado a tu mesa. Di que estás malo o enojado conmigo. ¿No es cierto? ¿Quieres que te haga una tacita de té?
FERN. No me vengas con zalamerías; para tacitas de té estoy yo.
CLARA Pero, Dios mío, ¿qué falta he podido cometer para que así te enojes?
FERN. Pregúntalo a ti misma. ¿En dónde has estado esta tarde?

CLARA En la Castellana, con mamá.

FERN. (Famoso pretexto.) Pues ahí tienes el motivo de todo.

CLARA ¿De todo?

FERN. ¿A qué van las mujeres a la Castellana, vamos a ver? A lucir sus trajes... a coquetear... a hacer conquistas.

CLARA ¡Fernando!

FERN. Si hubieras estado encerrada en casa, no te hubiera escrito una carta llena de piropos ese vizconde extranjero, a quien ando buscando con el santo fin de cortarle las orejas.

CLARA Sólo tú eres capaz de tomar en serio las ridiculeces de ese tonto.

FERN. Pie le habrás dado tú para que se atreva a escribirte.

CLARA No he reparado en él jamás.

FERN. ¿Cómo me habías de decir lo contrario?

CLARA ¿Qué mayor prueba de mi inocencia que haberte enseñado la carta de ese joven?

FERN. ¿Y cómo sabes que es joven si no le has visto en tu vida?

CLARA Porque supongo que un viejo no se entretendría...

FERN. Calla, calla; o no respondo de mi paciencia. (Esto marcha.)

CLARA Pues si no respondes de tu paciencia, la mía empieza ya a cansarse, porque esa desconfianza conmigo, de ridícula va a convertirse en injuriosa. Buena y digna he sido siempre, tranquila está mi conciencia, grande es el amor que te profeso, y no soportaré que me ofendas por más tiempo. (Llora.)

FERN. Harás lo que quieras. ¿Lágrimas? Mejor que mejor. No esperes que vaya a consolarte.

CLARA Ni tú que te pida perdón por faltas que no he cometido.

FERN. Rabia cuanto quieras.

CLARA Mañana lo sabrá todo mamá.

FERN. Eso es lo que hace falta.

CLARA Y me aconsejará lo que debo hacer.

FERN. No me opondré a tus planes.

CLARA ¡Ingrato!

FERN. Tararí... tararí... (Cantando.)

CLARA ¡Mal corazón!

FERN. Tararí... tararí... (Idem.)

CLARA No creas que voy a pasar la noche oyéndote cantar.

FERN. Bien hecho.

CLARA Me marcho a mi cuarto.

FERN. Y yo me quedo en el mío.

CLARA ¡No me siga usted, caballero!... (Entra en su cuarto.)

FERN. En eso pienso.

CLARA (Volviendo a abrir su puerta.) Ni llame usted a mi puerta en toda la noche.

FERN. Aunque se pegara fuego la casa.

CLARA (Volviendo a abrir la puerta.) ¡Tiene usted un corazón de piedra berroqueña! (Cierra.)

FERN. (Gritando.) ¡Mejor!

ESCENA V

FERNANDO

¡Ya estalló la bomba! (Escuchando) Echa el cerrojo... ¡Magnífico! —¡Pobrecilla! Estaba por llamarla y por... ¡bah! mañana me reconciliaré con ella.—¿Qué me hace falta? (Toma las prendas que dice y que están sobre una silla.) Frac, corbata blanca y chaleco... Y se pone bonita mi mujer cuando llora, muy bonita. (Llaman: deja las prendas que tiene sobre el brazo.) ¡Adelante!

ESCENA VI

FERNANDO y TORIBIO

TOR. (Desde la puerta: saludo militar.) ¿Puedu entrar?

FERN. ¿Quién es?

TOR. Nadie, mi capitán; suy yo.

FERN. ¿Y quién eres tú?

TOR. Toribiu Piloña, de la cuarta del segundo.

FERN. ¿Qué quieres?

TOR. Yo nun quero nada, mi capitán.

FERN. Entonces, ¿por qué vienes, animal?

TOR. Porque envióme el cabo Pustigo de parte del sargento Puerta.

FERN. ¡Y va de zoquetes!

TOR. Sí, mi capitán.

FERN. Bien, aguárdate, voy a vestirme.

TOR. Curriente, mi capitán. (Soplándose los dedos.

Fernando entra entre la cama y la pared, quedando cubierto por las colgaduras.) ¡Cuernu, y qué fresquecitu que hace en Madrid! Tengu los dedus comu palillus. Tres horas hace, así Dios me salve, que andu pegándume contra las esquinas. Díjume el cabu Pustigo que el capitán estaría en el Café Soizo, peru nada. Me plantu en la puerta por si iba más tarde, y nada... digu, sí, allí me parú una señora y me diju: «¡Adiós, hermosu!» y yo vulvile la espalda. Voime al cuartel, y el curneta de mi compañía me dice que el capitán ha idu a la Castellana. Echu las piernas al hombro, voy donde dijo el curneta, pero nu había un alma... Paréceme que se han queridu burlar de mí. Si lo averiguo, le rompu las muelas a alguno, porque soy gallegu y quinto deste año, y a bruto nun me gana nadie. (Sale Fernando de frac, pantalón negro, etc.)

FERN. Vamos, ¿qué quieres?

TOR. Mi capitán, el sargentu Puerta le envía a usted estus papeles.

FERN. Sí, las cuentas del trimestre. ¿Y por qué no ha venido el sargento?

TOR. Porque le ha dadu un dulor de barriga, que se está revulcandu lo mesmu que una lombriz, y el físicu dice que mañana estará buenu, si no revienta esta noche.

FERN. ¿Y cómo has venido tan tarde?

TOR. Purque nun pude dar con usted más trempanu.

FERN. ¿Ocurre algo?

TOR. A mí nada, mi capitán.

FERN. ¿Ha faltado alguno a la lista?

TOR. Nadie, mi capitán; peru Antón Botiju no vinu purque dicen que le pilló un carro por la nuca. Tampoco vinu Sebastián Tiritaña.

FERN. Como que le cortaron ayer una pierna en el Hospital Militar.

TOR. Pues pur esu digu que nu vino.

FERN. ¡Qué estúpido eres!

TOR. Nu, señor; soy propiamente gallegu.

FERN. ¿De qué quinta?

TOR. Paréceme que de la deste mesmo año. ¡Cuándu vulveré yo a ver mis vacas y mi familia!

FERN. (Arreglándose, de pie, delante de un espejo.) También echarás de menos a tu novia.

TOR. ¡Ah, mi capitán! A mí nun me gustan las mujeres, purque quitan las ganas de cumer.

FERN. Seguro estoy yo de que tenías amores.

TOR. Una subrina del sacristan, guapa moza, mejurandu lu presente, me buscaba a mí. Un día que nus encuntramos en la fuente quisu abrazarme.

FERN. ¿Y tú qué hiciste?

TOR. La pegué tal patada, que cayose dentro del pilón.

FERN. ¡Qué barbaridad!

TOR. Nu señor; ya nu se la conoce la descalabradura que se hizu.

FERN. Buen sistema. (Escuchando en la puerta del cuarto de Clara.) (Me parece que llora.—Temblando estoy que le dé la idea de volver a reconvenirme cuando esté yo fuera y se entere de mi fuga.)

TOR. ¿Manda usted algo, mi capitán?

FERN. No, vete. (¡Ah, qué idea!... Sí... ¿Por qué vacilo? (Llamando.) ¡Piloña!

TOR. (Cuadrándose.) ¡Presente, mi capitán!

FERN. ¡Qué cara de bruto tienes!

TOR. Soy bruto y tengo fuerzas, mi capitán.

FERN. ¿Sabes roncar?

TOR. Runcar... la urdenanza nu dice...

FERN. Ronca.

TOR. Delante de usted me da vergüenza.

FERN. O roncas o te envío al calabozo. (Toribio ronca.) Más fuerte. (Toribio ronca más fuerte.) Perfectamente; me he salvado. Márchate a la cama.

TOR. Cun permiso de usted, mi capitán.

FERN. ¿Dónde te vas?

TOR. Usted mandome que me fuera al cuartel.

FERN. No tal; a esa cama. (Indicando la suya.)

TOR. Pero nun vamos a caber lus dos.

FERN. ¡Imbécil! Yo tengo que asistir a un Consejo de guerra.

TOR. ¡A las doce de la noche! (¡El capitán no está buenu!)

FERN. Ponte este gorro de dormir y a la cama volando.

TOR. ¡Peru, mi capitán!..

FERN. ¡O a la cama o al calabozo!

TOR. Pos voime a la cama. (Se pone el gorro y entra vestido en la cama.)

FERN. Tápate cuanto puedas.—Más arriba esa manta.

TOR. Déjeme fuera las naricés, mi capitán.

FERN. Media vuelta hacia la pared. (Toribio la da.) Si oyes que se abre alguna puerta, ronca; si la criada viene, ronca; si te preguntan algo, ronca, y sobre todo no pronuncies una palabra por nada en este mundo.

TOR. Está bien, mi capitán.

FERN. Ya estoy tranquilo; volveré todo lo más dentro de un par de horas. Conque ya lo sabes, muchacho, callar y roncar; de lo contrario, quince días de calabozo. (Vase.)

ESCENA VII

TORIBIO y luego JUANA

TOR. Que me fusilen si entiendu pur qué hay Consejo de guerra a las doce de la noche e pur qué me manda el capitán que me meta en su cama. Debe estar algu malo. Y qué blanda que está la cama; nun se parece a lus culchones de la provisión. Se oye ruido. Voy a cumplir la consigna. (Se vuelve y ronca. Entra Juana con una bandeja, una botella y dos vasos, que colcca sobre la mesa de noche.)

JUANA Señorito, aquí le traigo a usted la horchata. ¿Tiene usted algo más que mandarme? Ahora voy a llevar la carta a casa del Teniente Alcaraz. (Toribio ronca muy fuerte.) ¡Ave María Purísima, qué manera de roncar!... (Idem.) ¡Anda, anda! Parece un cañón de a ocho. ¡Qué narices tan privilegiadas! Pues ya que duerme tan bien, voy a dar a mi señorita la carta que me ha entregado para ella ese conde extranjero, que no me deja ni a sol ni a sombra. Si el amo lo supiera... (Mirando con recelo a la cama.) ¡Bah, quién dijo miedo! A mí me paga bien, y edad tiene ya la señorita para saber lo que ha de hacer. (Llama con cuidado a la puerta. A media voz.) Soy yo, señorita (La puerta se abre. Juana entra.)

TOR. Dijo la criada que estu era hurchata. ¿Si será de chufas? ¡Estaba por prubarla! (Bebe un vaso.) ¡Caramba, y que buenu es estu! Quisiera que me numbraran capitán pur beber hurchata todas las noches. Voy cun otro vaso. Otra vez gente: a runcar, Toribio. (Se vuelve.)

JUANA Se ha enfadado. Tanto peor. ¿Por qué me dan cartas para ella? ¿Qué culpa tengo yo? Ronca, hijo, ronca, hasta que derribes el tabique. Llevemos ahora la otra carta. ¡Qué casa! (Se marcha.)

ESCENA VIII

CLARA y TORIBIO

CLARA (Con una carta en la mano.) Lo más prudente es entregar esta carta a mi marido para que la abra, la lea y tome la determinación que crea más oportuna... Por otra parte, si mi ligereza fuese causa de un desafío, de un escándalo... ¡Oh, qué posición! ¡Mi honra ante todo... Pruebe yo mi inocencia y suceda lo que quiera. ¡Fernando! (Llamándole con dulzura.—Toribio ronca.) ¿No me oyes, Fernando? ¡Jesús qué sueño! Segura estoy de que roncas para enojarme. No, pues te engañas si crees que voy a marcharme. Tenemos que hablar de un asunto muy importante, del cual depende acaso nuestra felicidad. Me ha escrito ese vizconde extranjero que tanto te incomoda. (Toribio ronca.) Eso es ya una tontería que no tiene nombre. ¡No me exasperes, por Dios, Fernando, Fernandito! Sí, pues yo te haré contestar. Voy a pegar fuego a las colgaduras de la cama. (Coge la lamparilla. Toribio se vuelve asustado.)

TOR. Nu pegue fuego, nu pegue fuego, que voy a asarme vivu.

CLAAR ¡Ay, un desconocido! ¡Ladrones! ¡Ladrones!

TOR. ¡Nu grite, señora; que nun soy ladrón!

CLARA ¡Un soldado! ¿Qué significa esto? ¿Por qué está usted en la cama de mi marido? ¿Quién es usted?

TOR. Señora, nu me pregunte nada, purque si cuntestu me fusilan.

CLARA ¡Dios mío, y la criada se ha marchado dejándome sola! ¡Oh, qué sospecha!... Si este hombre fuera... (Abre precipitadamente la carta que tiene en la mano y lee.) «Señora: No habrá obstáculo que me impida llegar hasta usted. Ya con un disfraz, ya con otro, y empleando cuantas lenguas y dialectos sean necesa-

rios, me encontrará usted siempre a su lado ávido de escuchar el armonioso sonido de su voz...» (Dejando de leer.) No hay duda, es él. ¡Atreverse a penetrar hasta aquí! ¡Comprometerme de ese modo! ¡Ah, caballero, su conducta de usted es infame!

TOR. ¡Infame! ¿E pur qué?

CLARA Ese acento gallego y ese traje de soldado no me engañan. Su carta de usted me revela todo. Ha espiado el momento en que mi esposo, no sé por qué causa, abandonaba su casa, ha alejado a mi criada pagando su servicio a peso de oro, ha penetrado usted en esta habitación con una osadía increíble; pero todo es en vano, señor vizconde, porque su conducta de usted sólo me inspira desprecio.

TOR. Pocu a pocu, yu entré...

CLARA Para probar una vez más que es usted un vil y un cobarde.

TOR. Lu que es cubarde, nun soy cubarde.

CLARA Conozco su vida de usted, caballero.

TOR. (Será de la tierra.)

CLARA Más de una vez he oído referir en el mundo el infame lazo que tendió usted a la Condesa de Carlo Magno.

TOR. El cabu Magru nu es del batallón.

CLARA ¿Y usted se llama caballero?

TOR. Yu me llamo Piloña.

CLARA Esa grosera farsa le deshonra a usted a mis ojos.

TOR. (La capitana tampocu está buena.)

CLARA ¿Por qué no se casó usted con la desgraciada Elisa?

TOR. (¡Otra te pegu!)

CLARA Debiera usted haberse suicidado antes de abandonarla.

TOR. Que me hagan pepitoria si he visto en mi vida a tal señora.

CLARA ¡Oh! Salga usted de mi casa inmediatamente.

TOR. Nun deseo otra cosa; pero que sepa que he runcado bien. (Se marcha.)

CLARA ¡Y el miserable se marcha burlándose de mí! Tal vez irá a contar ahora a sus amigos que ha penetrado en mi casa. ¡Oh, qué desgraciada soy!

TOR. (Volviendo.) Señora...

CLARA ¿Aún está usted aquí?

TOR. Sí, señora; porque la criada marchóse echando la llave por fuera a la puerta de la escalera.

CLARA ¡Qué cúmulo de iniquidades! Encerrados, encerrados, ¡Dios mío!

TOR. Bastante lu siento yo.

CLARA Calle usted, hombre inicuo. Esta criada infame no ha hecho más que cumplir sus órdenes de usted. ¡Ah, señor vizconde, me ha perdido usted!

TOR. Dale con lu del vizconde. Señora, yu, aunque nu veo, veu con mis dos ojos.

CLARA Es necesario que salga usted a todo trance antes que vuelva mi esposo, a menos que no tenga usted el proyecto de asesinarme.

TOR. ¡Líbreme Santiajo de Cuvadonga!

CLARA (Abriendo la ventana de la derecha.) ¡Ah! ¡Salte usted inmediatamente por esta ventana!

TOR. ¿Y adónde iré a parar?

CLARA A la meseta de la escalera.

TOR. ¿Y si me rompu la crisma?

CLARA ¡Vamos, pronto, pronto!

TOR. Peru, señora...

CLARA Salte usted.

TOR. Esta noche danme viruelas. (Salta por la ventana.)

CLARA Por fin respiro. (Se oyen ladridos de un perro y gritos de Toribio.)

TOR. ¡Ay, ay! ¡Tuso, tuso!

CLARA ¡Ay, Dios mío, el perro de la portería!

TOR. (Volviendo a entrar precipitadamente por la ventana.) ¡Ay! Malditu mastín. Comióseme media pantorrilla.

UNA VOZ (Fuera.) Ya he visto de qué cuarto ha sido. Mañana se lo contaré al casero.

CLARA ¡La voz del portero! ¡Ah, señor vizconde, por fin ha conseguido usted comprometerme!

TOR. Yo nun comprometu a nadie.

CLARA Tenga usted lástima de mí, huya usted; de hinojos se lo pido.

TOR. Señora, yo nun quero uue me coma el mastín, ¡caramba!

CLARA Pero, ¿cómo puede un perro detener a un hombre de honor?

TOR. Vaya, señora, yo no soy hombre de hunor, ni comprendu lo que usted me dice, ni

quieru callar más tiempo. Yo me llamu Turibiu Piloña, y soy soldado de la cuarta del segundu.

CLARA ¿Qué oigo? ¿Realmente es usted soldado raso?

TOR. Fijamente lu soy. Púsome el capitán de centinela en esa cama, y díjome: ronca y nu hables.

CLARA Otro nuevo embrollo; pero, ¿adónde ha ido mi esposo?

TOR. Al conseju de guerra.

CLARA ¿Qué consejo de guerra?

TOR. Eso digu yo, ¿qué consejo será por parte de noche?

CLARA No, no; todo esto es una impostura. Si yo encontrara algún dato, algún papel... (Busca por todas partes con ansiedad.) Nada. ¡Ah, qué idea! He oído decir que esta noche hay baile de máscaras... (Cogiendo la levita de uniforme de Fernando.) A ver si en los bolsillos de esta levita... ¡Ah! (Sacando una carta. Leyendo.) «Querido Fernando: Creo oportuno anunciarte que Dolores...» ¡Infame! (Sigue leyendo bajo.)

TOR. (¡Paréceme que pur esa Dulores me van a calentar las costillas!)

CLARA Una cita... en el Real... ¡Oh! (Llora.)

TOR. (¡Cuandu digu que hay belén y que lu voy a pagar yo!)

CLARA Ahora lo comprendo todo... su fingido mal humor, sus celos supuestos... ¡Ingrato, pérfido! ¡Ah, la rabia, la emoción... yo muero... (Cae desmayada sobre una silla.)

TOR. ¡San Bruno, que le da la pataleta! Mi capitana... mi capitana... ¿Qué hago yu ahora con esta mujer? Vamos, mi capitana, nu lo tome tan a pechu. Esa doña Dulores será una conucida antigua. ¡Demoniu, ahora le da más fuerte. ¡Ah, la hurchata! (Echa un vaso.) Beba un poco, mi capitana... Me la beberé yo a ver si se alivia... (Bebe.) ¡Ah, qué buena está.

CLARA (Volviendo.) ¡En el Real!

TOR. (Ya se alivió cun lo que yo me bebí.) ¡Acuéstese, mi capitana!

CLARA Para dormir estoy yo; lo que tengo es fiebre, ira. (Tirando los muebles y paseándose muy agitada. Toribio levanta las sillas.) Estése usted quieto.

TOR. (¡A que me pega también la capitana!)

CLARA Diga usted algo, hombre; distráigame usted, o me da otro ataque.

TOR. (Pues esta es más negra.)

CLARA Hable usted, por Dios. ¿Qué pasa en el cuartel?

TOR. (Cuadrándose.) El sargentu Puerta tiene un cólicu, y el físicu dice que mañana estará bueno si nun revienta esta noche.

CLARA Otra cosa.

TOR. Sebastián Tiritaña no vino a la lista purque le cortaron una pierna.

CLARA ¡Jesús, qué alcornoque!

TOR. Eso digo, es un alcurnoque, que yo nun me habría dejado curtar nada.

CLARA ¡Qué hombre tan tonto!

TOR. Los extremeños son muy tontos; los gallegos somos más listos.

CLARA ¡Ah! Oigo ruido.

TOR. Pues ahora sí que me van a hacer hablar. Estoy temblando.

CLARA (Escuchando.) La criada y mi marido. Se han encontrado en la escalera. Métase usted corriendo en esa cama.

TOR. ¿Otra vez?

CLARA Póngase usted el gorro de dormir.

(Toribio se pone el gorro y se vuelve hacia la pared.)

TOR. ¿Ronco, mi capitana?

CLARA Silencio. (Coge la luz que trajo y entra en su cuerto.)

ESCENA IX

FERNANDO

Sin el encuentro de la criada, todo hubiera salido a pedir de boca; temo que cuente a su ama... En fin, ya están en mi poder las pruebas amorosas que en otro tiempo di a Dolores. Y ya estoy más tranquilo. ¡Pobre muchacha, qué cambiada está; me parece que desde que la he vuelto a ver quiero más a mi mujer! ¡Qué diferencis, la una ajada, la otra hermosa y risueña como una alborada de primavera! (Escuchando a la puerta de Clara.) Dormidita está como una niña de dos meses. ¡Lo que es la inocencia! ¡Y yo que he

tenido valor de ofenderla por ir al baile! Ya puede estar segura de que será la última vez que la haga llorar. Despertaremos a este zoquete, que no habrá hecho más que roncar, para que se vuelva a su cuartel. (En el momento que va a abrir las colgaduras, aparece Clara en la puerta de su cuarto. Fernando se vuelve con rapidez.)

ESCENA X

CLARA y FERNANDO

CLARA (Ahora me toca a mí vengarme.) ¿Qué es eso, Fernando mío, levantado ya a las tres de la madrugada?

FERN. (Y yo que la creía dormida.) Sí, tengo que examinar las cuentas del trimestre.

CLARA ¿Y para revisar las cuentas de la compañía te vistes de frac?

FERN. En efecto, estoy de... pues mira, no lo había reparado, creí que me había puesto la bata.

CLARA Distracción peregrina.

FERN. ¿Qué quieres? La incomodidad que tuvimos anoche, me trastornó de un modo...

CLARA Como a mí, que no podía descansar ni vivir hasta que vine a buscarte.

FERN. ¿Eh? ¿Qué?... ¿Qué has venido a buscarme?

CLARA ¿Pues no te acuerdas? Hace como cosa de una hora.

FERN. (Yo sudo.)

CLARA Y bien dormidito que estabas.

FERN. Mira bien lo que dices, Clara. ¿Yo estaba dormidito?

CLARA Ya supongo yo que roncabas por hacerme rabiar, pero, por fin, mis afectuosas palabras lograron conmoverte, y...

FERN. Y... acabe usted, señora.

CLARA E hicimos las paces.

FERN. (Dejándose caer en una silla y limpiándose el sudor que inunda su frente.) ¡Hicimos las paces!

CLARA ¿Qué es eso, te pones malo, Fernando mío?

FERN. Sí, me parece que sí... (¡Siento calofríos, qué habrá pasado!)

CLARA Si vuelves a enojarte conmigo, me marcho a mi cuarto.

FERN. No se marchará usted, señora; quiero, exijo

una explicación terminante de lo que aquí ha sucedido.

CLARA Pero, ¿estás loco? ¿Acaso no lo sabes tú lo mismo que yo?

FERN. No, por cierto; y eso es precisamente lo que me vuelve loco. Hable usted al momento.

CLARA ¡Dios mío, que cambio tan repentino! Esto no puede sufrirse.

FERN. Pero, desventurada, explícate.

CLARA No hace falta explicación; usted no es el esposo que he encontrado aquí antes; aquél era bueno, cariñoso.

FERN. No me lo digas, o cometo una atrocidad. Estoy fuera de mí.

CLARA ¡Ay! Me asusta usted. ¡Socorro! (Entra corriendo a su cuarto y cierra por dentro.)

FERN. Abra usted, señora. (Golpeando la puerta.) Abra usted o hago pedazos la puerta.

CLARA (Dentro.) Que usted pase muy buenas noches.

ESCENA XI

FERNANDO y TORIBIO

FERN. No sé lo que me pasa; toda la sangre afluye a mi cabeza; creo que me va a dar un ataque. (Corriendo a la cama.) ¡Piloña!

TOR. (Saltando de la cama.) Presente, mi capitán.

FERN. Voy a levantarte la tapa de los sesos.

TOR. (Ya pareciú aquellu.)

FERN. ¿Qué ha pasado aqui?

TOR. Señor, la capitana comprometióme pur hablar. Yu bien runcaba cuandu ella vinu.

FERN. Dime qué ha pasado aquí, o te descuartizo.

TOR. Perdóneme usted, mi capitán.

FERN. No hay perdón; cuenta todo lo que has hecho.

TOR. Señor... yo nun tuve la culpa. (Ya está mirandu la butella de la hurchata.) Comu estaba a la cabecera... y uno, aunque gallegu, es hombre, y... vamos, hice lo que hubiera usted hecho.

FERN. ¡Te voy a desollar vivo!

TOR. Yu pagaré la hurchata si es por esu.

FERN. ¿Y quién te habla de la horchata, animal? Me refiero a mi esposa.

TOR. ¡Ah! Pues entró la capitana, peru yo roncaba, mi capitán.

FERN. ¿Y luego?

TOR. También runcaba.

FERN. ¿Y luego?

TOR. Luego ya nun runcaba.

FERN. (Agarrándole por el cuello.) ¿Pues qué hacías, beduíno? Habla o te estrangulo.

TOR. Sucurrer a la capitana.

FERN. ¿Y por qué socorrías tú a la capitana, cernícalo?

TOR. Purque desmayóse al creer que yo era un ladrón.

FERN. (Soltándole.) ¿Y volvió?

TOR. Sí, micapitán; y para que nun tuviera miedo, le dije quién era y se puso muy furiosa, y encontró una carta, y leyóla y...

FERN. ¡Y te voy a mandar pegar cuatro tiros!

TOR. (Arrodillándose.) ¡Por Santiaju de Cuvadonga! No haga esa barbaridad, mi capitán, que yu he runcado todo lo que he pudido.

FERN. ¡No hay piedad, miserable!

ESCENA ULTIMA

DICHOS y CLARA

CLARA Ese rigor es injusto, caballero; porque si aquí hay algún culpable, es usted.

TOR. (De rodillas.) (¡Esta mujer es una gran capitana!)

CLARA (A Fernando.) Tome usted esta carta y muera usted de vergüenza.

FERN. Lo sabes todo, pero tu enojo no tiene fundamento, puesto que el motivo que me ha conducido al Teatro Real ha sido el de arrebatar a una mujer a quien amé antes de conocerte, y que me es completamente indiferente, unas pruebas que podían turbar nuestra felicidad.

CLARA ¿Es verdad lo que dices?

FERN. (Dándole un paquete de cartas.) Mira esas cartas para convencerte de la sinceridad de mis palabras y arrójalas al fuego.

CLARA Me basta con saber que me amas.

FERN. ¡Oh, Clara mía, con todo mi corazón!

TOR. ¿Puedu marcharme, mi capitán?

FERN. Sí; pero mañana entrarás en el calabożo por haber faltado a tu consigna.

TOR. Tuvo la culpa la capitana; y en cuantu a la hurchata, yu pagaré las dos copas que bebime, y esu que que no estaban bastante dulces.

CLARA Yo intercedo por él, y te ruego que le perdones, ya que ha contribuído indirectamente a mi felicidad.

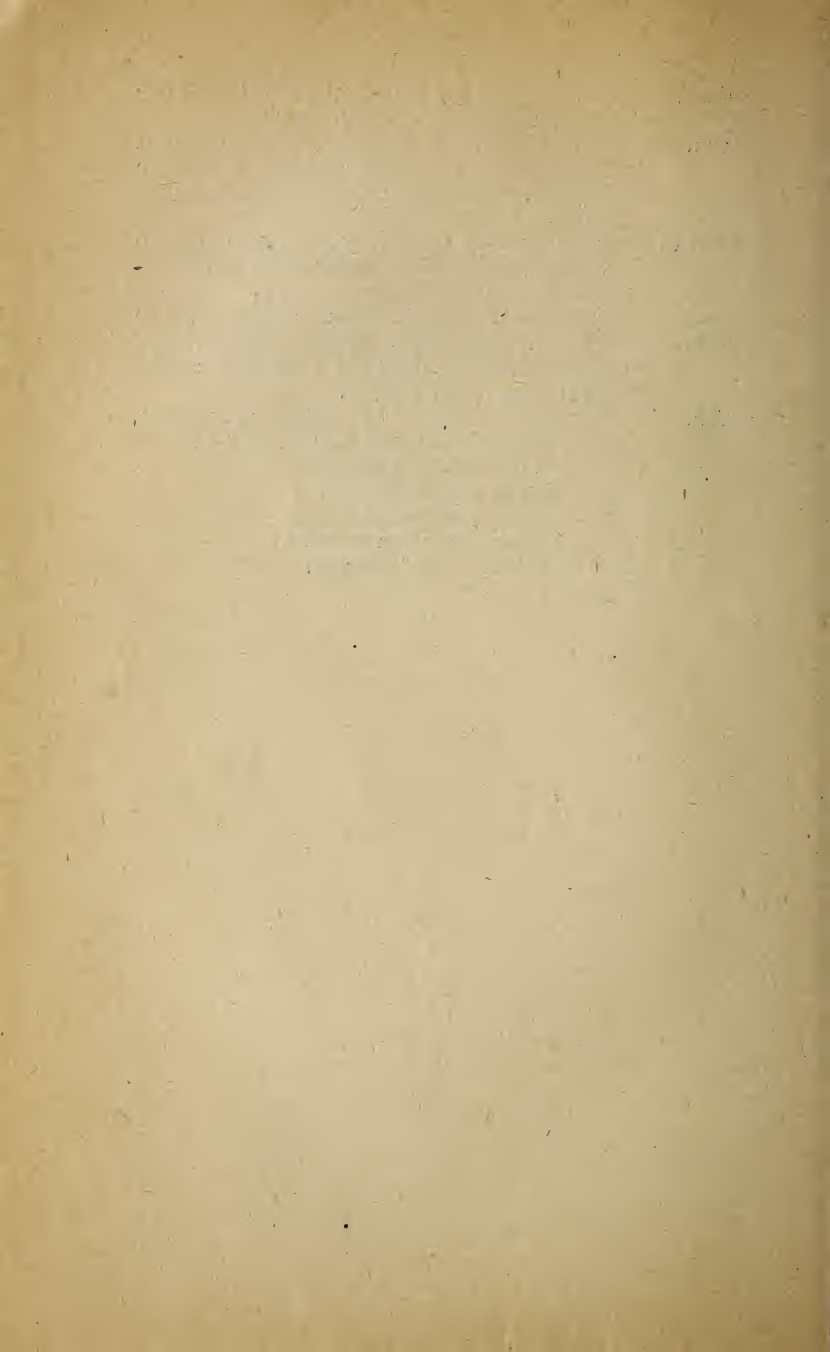
TOR. (¡Cuando digo que es una gran capitana!...)

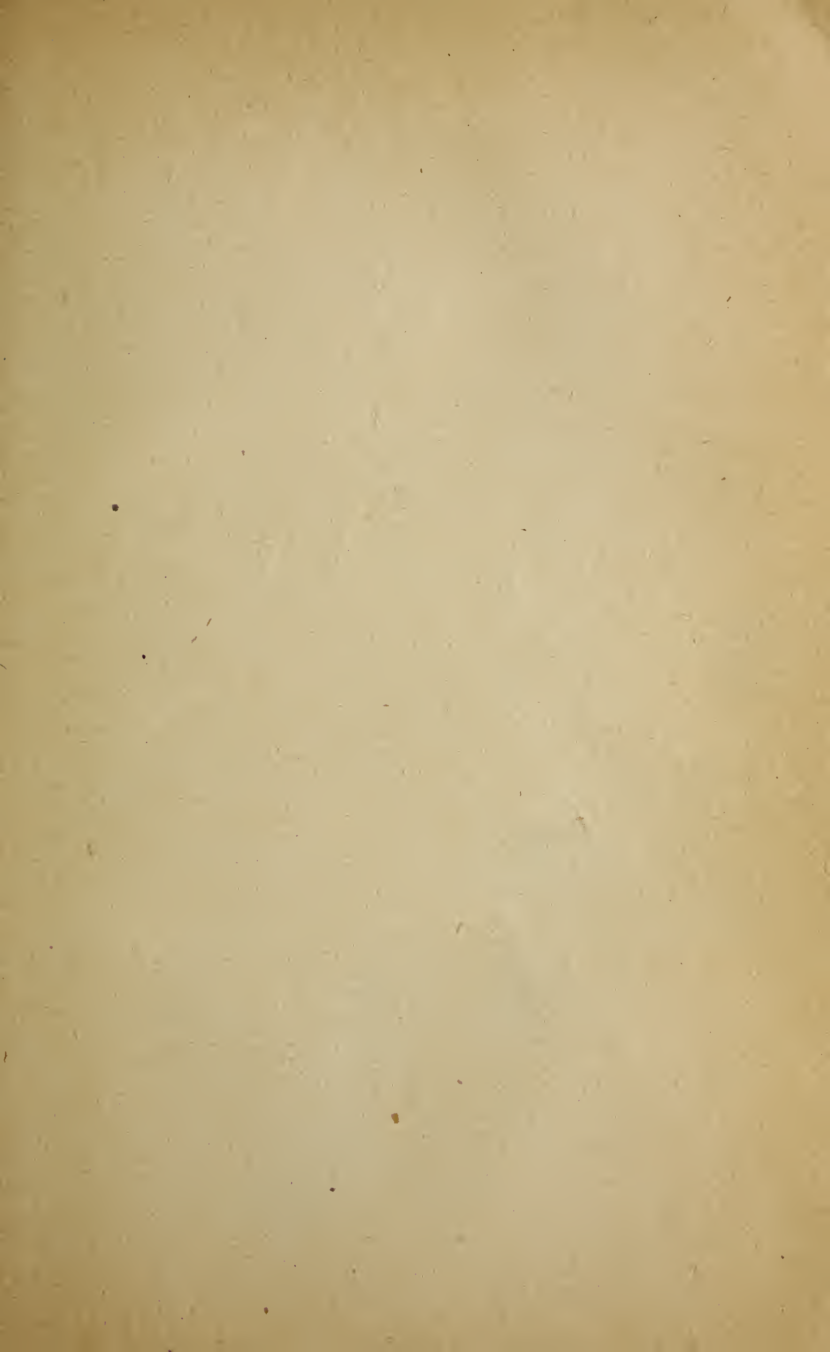
FERN. Ya estás perdonado. Márchate; pero ten en cuenta que si hablas de esto en el cuartel no hay salvación para ti.

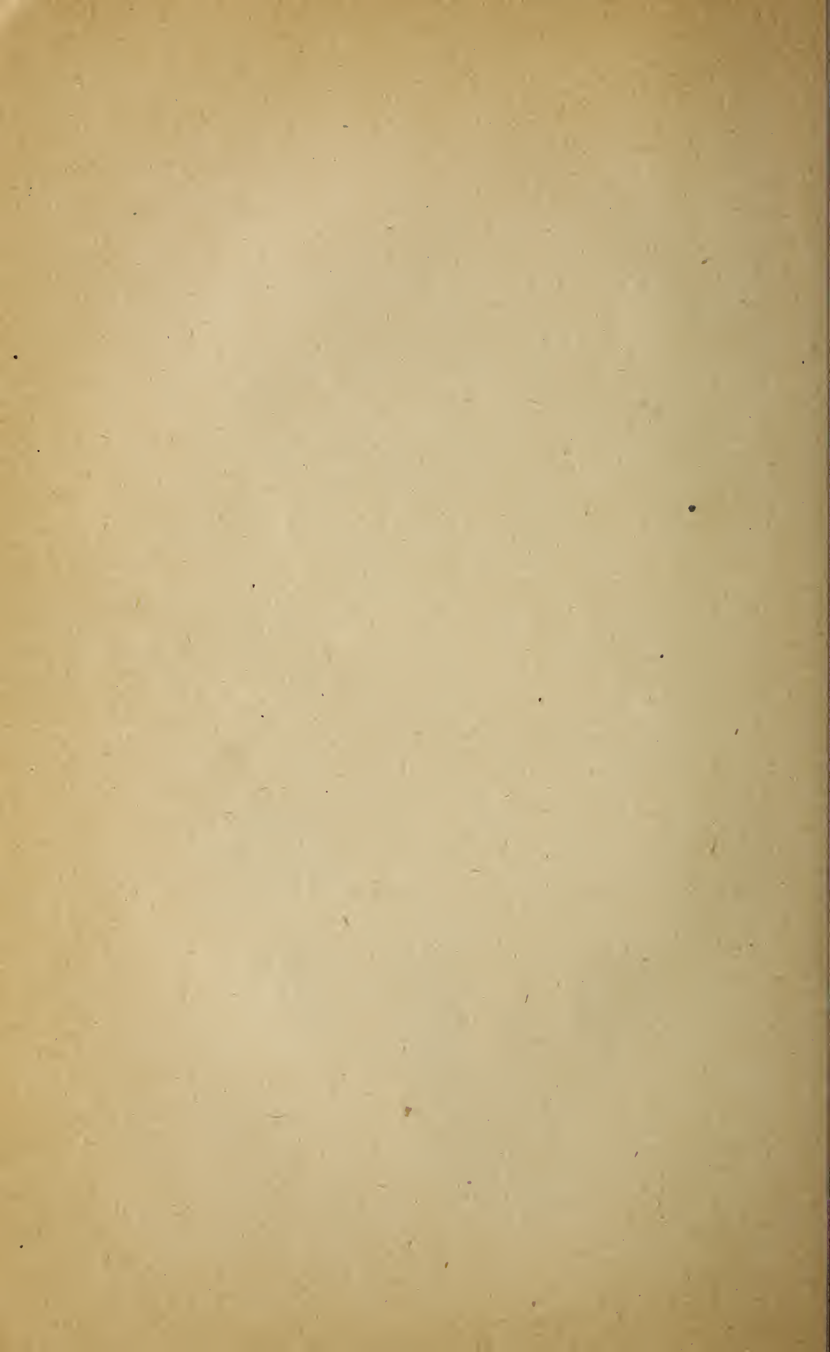
TOR. Primeru me cortan la lengua. A la orden, mi capitán. (Se marcha y vuelve al público.)

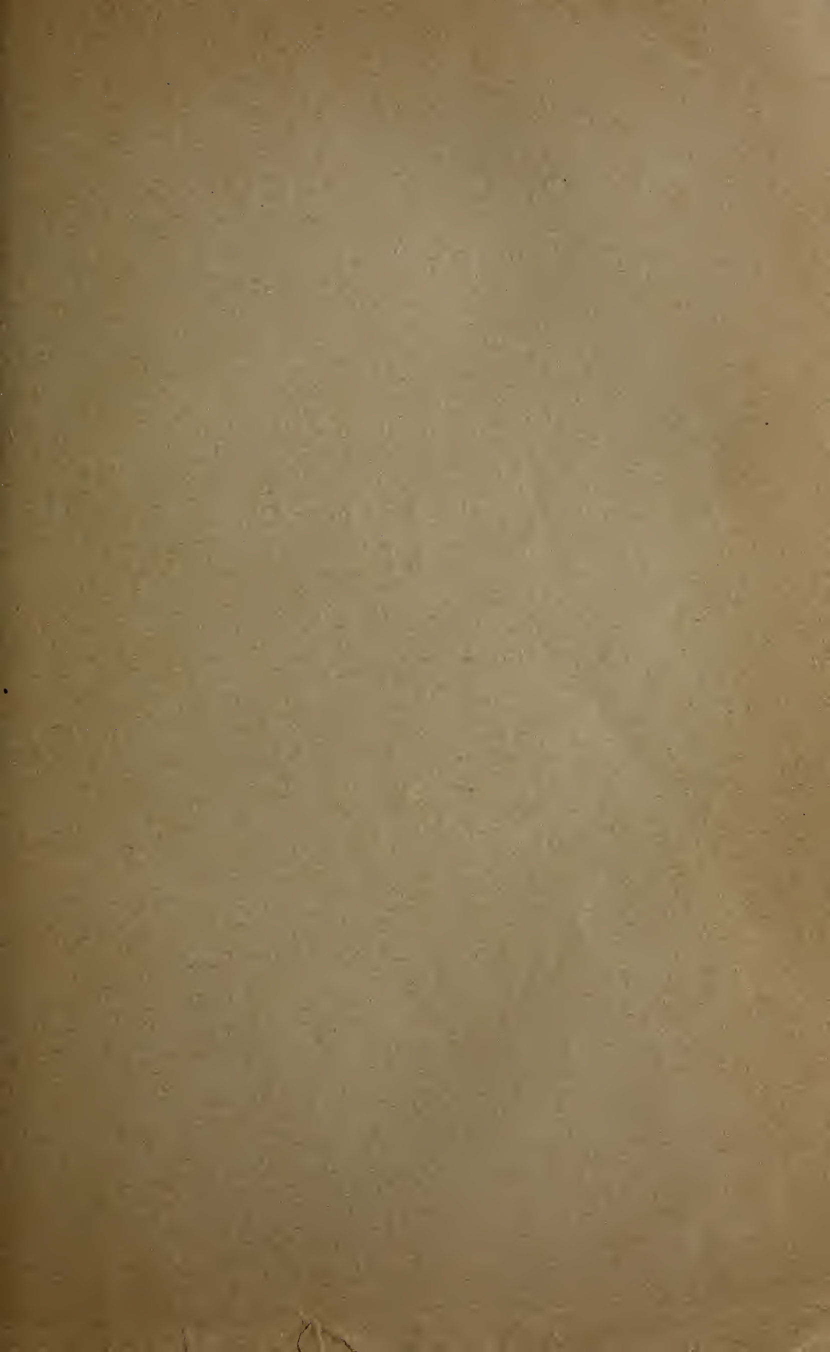
Al dejar estas paredes
dunde sufrí sin razón,
señores, pur cumpasión...
nun me desairen ustedes
si tienen buen corazón.

FIN









NUEVAS EDICIONES

propiedad de la «Sociedad de Autores Españoles»

La agonía.—Juguete dramático en un acto, de L. M. de Larra. . . . . 1 peseta.

¡Una limosna por Dios!—Cuadro dramático en un acto, de J. Jackson Veyan. . . 1 peseta.

Diego Corrientes.—Drama popular en tres actos, de J. M. Gutiérrez de Alba. . . . 2 pesetas.

Deuda de sangre.—Cuadro dramático en un acto, de J. Velázquez y Sánchez. . . 1 peseta

Roncar despierto.—Comedia en un acto, arreglada por E. Mozo de Rosales. . . . 1 peseta.